

LA PROYECCIÓN SOCIAL DE LA SANTIDAD
FRUSTRADA DE FRANCISCO JERÓNIMO SIMÓN
(1612-1619) *

Francisco Pons Fuster

1. INTRODUCCIÓN

El segle XVII, a l'àrea hispànica, és un període de religiositat equívoca: si d'una banda s'exacerba la pressió catòlica oficial enfront d'uns possibles perills de desviacionisme doctrinal, de l'altra, el poble creu i practica d'una forma —amb un *estil*: barroco— molt distinta de la que era corrent en èpoques anteriors. La fe i els ritus ho impregnen tot, però de vegades amb unes conseqüències que, almenys a nosaltres, han de semblar-nos impropedents.¹

LA anterior reflexión de Fuster venía avalada por indicadores precisos que mostraban que, a principios del siglo XVII, en Valencia eran frecuentes las disputas religiosas, las fastuosidades aparatosas, el gusto por lo maravilloso, etc.² De este modo, las polémicas se sucedían enfrentando a los diferentes estamentos de la sociedad civil, de la eclesiástica y, lo que era más grave, en muchas ocasiones a grupos diferentes dentro del mismo estamento.³

Las razones que movían a unos y a otros en esta pugna por asuntos que a nosotros pueden parecer nos de poca monta eran sesudamente expuestas, y la defensa de las posiciones particulares alcanzaba siempre trazos numantinos. Nadie estaba dispuesto nunca a cejar en la defensa de su posición, y por el camino se buscaban alianzas, al tiempo que se gastaban fuerzas de toda índole para salvaguardar el honor del grupo o del individuo en cuestión.

Por otra parte, la imbricación de las estructuras políticas con las eclesiásticas, y la entidad demográfica y riqueza económica de la Iglesia valenciana hacía posible lo que Fuster denomina "l'abassegadora penetració

* El presente estudio forma parte del proyecto de investigación titulado "La Iglesia valenciana en la Edad Moderna" subvencionado por la Generalitat Valenciana (GV-3318/95).

¹ Joan Fuster, *Poetes, moriscos i capellans*, València, 1962, p. 133.

² Pilar Pedraza, *Barroco efímero*, Ayuntamiento de Valencia, 1982.

³ Para un seguimiento de estas polémicas, vid.: Pere Joan Porcar, *Coses evengudes en la ciutat i regne de València (Antologia)*, València, 1983 y *Dietario valenciano (1619 a 1632)* por D. Álvaro y D. Diego de Vich, transcripción de Salvador Carreres Zacarés y prólogo de Francisco Almarche, Valencia, 1921.

eclesiàstica en totes les esferes de l'activitat ciutadana", añadiendo, "i com a la ciutat, en tot el regne".⁴

A comienzos del siglo XVII, nadie en Valencia estaba dispuesto a ceder en todo aquello que se había convertido en privilegio. Puede ser que no existiera claramente fijado un orden de prestigio y de reconocimiento social, pero, por si acaso, los diferentes grupos de la sociedad civil y de la eclesiàstica siempre se mostraban dispuestos a combatir cualquier intento dirigido a mermar su preeminencia social.

Entre clérigos seculares y frailes estaba claro que eran los frailes los que ocupaban el lugar privilegiado.⁵ Los clérigos seculares no podían competir con ellos ni en estudios, ni en riquezas, ni en privilegios y mucho menos en cuestiones más sobrenaturales como espiritualidad y santidad. Amargamente se quejarán los clérigos valencianos del poco apoyo que los frailes les prestaron para conseguir la santidad de Francisco Jerónimo Simón. Para una vez que intentaron elevar a los altares a uno de sus filas, los frailes lo hicieron noche, frustrando su santidad.

Pero también entre los frailes eran frecuentes las disputas. Franciscanos y dominicos ocupaban el lugar más alto de la escala social eclesiàstica valenciana. Las disputas entre ambas órdenes por el primer lugar eran frecuentes, si bien, el continuo desmembramiento de los franciscanos en grupos diferentes les hacía perder muchos puntos en favor de los dominicos. Ambas órdenes, no obstante, rivalizaban en santos, que utilizaban como elementos de mercadeo para ganarse el favor de la sociedad civil.

Cuando surgían nuevos grupos como era el caso de los franciscanos descalzos, de los capuchinos y sobre todo de los jesuitas, las viejas y no tan viejas órdenes religiosas radicadas en Valencia trataban de hacerles el vacío, y cuando esto no daba resultado, utilizaban sin ningún complejo y descaradamente formas de alimentar su desprestigio social.⁶

La sociedad civil valenciana de comienzos del siglo XVII participaba en estas pugnas apasionadamente. Su contribución era fundamental, pues, en último término, era ella la que validaba la preeminencia social de unos u otros grupos eclesiàsticos. Lo hacía con su presencia masiva en los actos religiosos, con sus limosnas y donaciones, etc. Así pues, no es de extrañar las pugnas continuas que mantenían los diferentes grupos eclesiàsticos por hacerse con el favor de la sociedad civil. Además, la sociedad civil valenciana era una masa determinada de gente, por eso, cualquier intento de crear una nueva orden religiosa, o de propiciar una nueva santidad, significaba restar beneficios a las ya existentes, y éstas con muchas dificultades

⁴ Fuster, *Poetas...*, pp. 162-163.

⁵ Antonio Domínguez Ortiz, *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, 1973, p. 262.

⁶ *Ibid.*, p. 276.

lo aceptaban, no dudando en ocasiones en recurrir incluso a la violencia para impedirlo.⁷

A comienzos del siglo XVII la sociedad valenciana presentaba muchos de los rasgos definidos, por eso, al estudiar la proyección social de la santidad frustrada del clérigo Francisco Jerónimo Simón, se entrecuzan muchas otras cuestiones, pero en el fondo del asunto, lo que se está discutiendo es el mantenimiento de determinados privilegios en unos casos y el intento de validarse socialmente en otros. Por mucho que puedan parecer hoy cuestiones fútiles, eran las que se daban en la época.

2. EL ÉXITO SOCIAL DE UNA NUEVA SANTIDAD

El día 25 de abril de 1612 moría en Valencia el clérigo Francisco Jerónimo Simón, beneficiado en la iglesia de San Andrés.⁸ Dos días después, un inmenso gentío se acumulaba a las puertas de dicha iglesia donde iba a celebrarse un solemne funeral. Todas las autoridades civiles y eclesiàsticas se encontraban presentes.

Desde el alejado convento de San Juan de la Ribera, un fraile descalzo, a lomos de un jumento, se dirigía a predicar en dicho funeral. Posiblemente reflexionaba sobre lo que iba a decir, pero no conseguía apartar de su pensamiento todo lo que había sucedido en Valencia desde el momento de la muerte del clérigo. Demasiadas cosas habían pasado y él mismo se sentía abrumado por ellas, pero ningún resquicio de duda nublaban su mente. Iba a refrendar los rasgos de la santidad del clérigo. Entonces no podía vislumbrar todas las consecuencias que su sermón iba a provocar.

Llegó a la iglesia de San Andrés, y con dificultad se abrió paso hasta el altar. El gentío que se acumulaba era tan inmenso que las propias autoridades se permitieron trastocar el orden de la función religiosa. Decidieron que primero se predicara el sermón y dejaron para después el oficio religioso.

El predicador era Fray Antonio Sobrino, fraile franciscano descalzo que gozaba de un gran prestigio en Valencia.⁹ Predicó un sermón panegírico del clérigo, empeñando su palabra en aquellas cuestiones de la vida de Simón que mejor pudieran refrendar su hipotética futura santidad: virginidad y matrimonio espiritual con la Virgen. Al mismo tiempo, se hizo eco

⁷ Domínguez Ortiz, *Las clases...*, p. 284.

⁸ Un relato pormenorizado de la vida de Simón puede verse en: L. Aparici Gilart, *Vida del Venerable Mosén Francisco Gerónimo Simón. Valenciano y Beneficiado de la Real Iglesia Parroquial del Apóstol San Andrés de esta ciudad de Valencia*, en la imprenta de Josef García, Valencia, 1706?

⁹ Sobre Fray Antonio Sobrino, vid.: Francisco Pons Fuster, *Místicos, beatas y alumbrados*, Valencia, 1991, pp. 97-141.

de los milagros que ya comenzaban a atribuírsele. En el fondo, pocas cosas originales que no podamos encontrar en las 'vidas' que por aquella época se publicaban de personas beneméritas a las que el pueblo tenía devoción e, incluso, les atribuía ciertos milagros.¹⁰

El problema de Simón vino cuando la gente no contuvo su devoción después de su entierro. Muchos otros personajes, casi todos ellos frailes, habían muerto anteriormente y, después de su entierro, el pueblo, aunque mantuviera su devoción por ellos, acababa olvidándolos.

Tanto en el caso de Simón como en el de los otros personajes beneméritos muertos con fama de santidad, eran grupos interesados los que intentaban mantener viva la llama de la devoción popular. En la mayoría de los casos, eran los conventos los que se encargaban de ir divulgando la santidad de sus hijos de hábito, y con la excusa de su santidad recogían pingües limosnas al tiempo que acentuaban su prestigio y reconocimiento social. En el caso de Simón aconteció otro tanto. Con la excusa de su supuesta santidad, grupos interesados se dedicaron a canalizar las ingentes limosnas que llegaban a la iglesia de San Andrés. También ahora, unos de forma interesada y otros por simple devoción, se encargaron de divulgar la santidad del clérigo por toda la ciudad y reino.¹¹

2.1. *La proyección social*

En los escasos tres meses que transcurren desde la muerte de Francisco Jerónimo Simón hasta el 21 de julio de 1612, cuando el Vicario General del nuevo arzobispo Isidoro Aliaga pretende reformar la devoción popular que se le tributa, el clérigo de San Andrés pasa de ser un desconocido a ser un santo admirado en todas partes. Desde Valencia se irradia la fama de su santidad hasta Roma, Flandes, Madrid, Pamplona... Desde todas partes se piden reliquias del santo, estampas, noticias... Desde todas partes llegan también presentes para él. Una profusión de gentes de toda índole acuden a Valencia a visitar su sepulcro. Cojos, mancos, ciegos, enfermos, pillos, maleantes... se arremolinan en torno a la iglesia de San Andrés propagando historias de curaciones, de milagros, de favores...

Con ningún otro santo había mostrado la ciudad de Valencia y su entorno tanta generosidad.¹² Tal es el éxito social del nuevo santo, que la insana envidia de algunos no es capaz de soportarlo y, con el argumento de que los partidarios del clérigo rebasaban todas las escalas de lo permitido por la

¹⁰ Archivo de la Universitat, Ms. 364: *Sermón y varios escritos sobre el V. Simón*, s/f.

¹¹ Domínguez Ortiz, *Las clases...*, p. 262.

¹² Un estudio detallado de la generosidad de los valencianos por las celebraciones festivas puede verse en Pedraza, *Barroco efímero...*

Iglesia, acudieron a contarle al nuevo arzobispo, que todavía no había entrado en Valencia, su particular visión de lo que sucedía.

Pero difícil se hace contar todo lo que estaba sucediendo en Valencia. Y más aún darle un cierto orden. Al *Dietari* de mosén Porcar parece faltarle espacio para narrar tantas cosas. Desde el 25 de abril hasta el 9 de septiembre de 1612, de veinte noticias que figuran en la edición abreviada, dieciocho tienen como protagonista a Francisco Jerónimo Simón.¹³

En un papel recogido del archivo inquisitorial y con el título de "Memoria de las honrras y fiestas que sean echo en esta Ciudad de Valencia con grandíssimo aplauso, commoción y deboción universal del pueblo para honrra y gloria de Dios nuestro Señor a su siervo y Venerable Pe. Mossén Francisco Hierónimo Simó..." se recogen las llevadas a cabo por la Iglesia Metropolitana, las demás parroquias, la casa profesa de la Compañía de Jesús, el convento de Santa Tecla, el insigne colegio del Patriarca y el Hospital. Todas tienen como elementos comunes, los suntuosos túmulos que se levantan, las colgaduras con que se adornan las iglesias, las luminarias, los ramilletes, los olores, los sermones que se predicán, la buena música y tanto concurso de gente siempre "que espantaba". Otras fiestas hicieron los carpinteros en la iglesia de San Juan del Mercado y se preparaban nuevas por parte de la Universidad y de los estudiantes.¹⁴

Las ofrendas y limosnas en honor de Simón, para la fábrica de la iglesia y de su capilla en San Andrés, resultan a todas luces abrumadoras. Dichas ofrendas se iniciaron el 13 de mayo con la entrada de 33 carros cargados de piedras procedentes del Grao. Los carros iban acompañados de música y adornados con diferentes invenciones, "dando buelta, por las calles acostumbradas y principales desta ciudad".

El día 27 por la mañana entraron 64 rocines cargados de arena "con muchos ramilletes y bien compuestos". El mismo día, después de comer, entraron los esparteros con 24 docenas de capazos, una maroma y otras cuerdas. Antes de que acabara el día, entraron 184 rocines desde Ruzafa cargados de arena.¹⁵

Todas las noticias referidas fueron recogidas por la Inquisición y transmitidas a la Suprema. Otros personajes que se encontraban de paso por Valencia daban cuenta de lo que veían, maravillándose de lo que estaba sucediendo.

Las alegres fiestas y demostraciones que se hacen en Valencia, celebrando la santidad del padre mosén Simón, es imposible acertar a referirlas como ellas son, porque aun estando mirando parecen cosa de sueño.

¹³ Porcar, *Coses evengudes...*, pp. 81-94.

¹⁴ AHN, Inquisición, leg. 3701, n° 1, fol. 141.

¹⁵ *Ibid.*, fols. 141v°-143.

Toda la gente está alborotada y inquieta, festejando esta gran reliquia que se ha descubierto, y con ser tantos y tan señalados los milagros que se han visto en tan breve espacio, parece que es el mayor haberse movido tantos millares de gente, de todas las calidades, a solemnizar las exequias y fiestas y a salir de juicio en servicio del santo, pues a porfía procuran todos y cada uno señalarse en sacrificios, en alabanzas y limosnas y ofrendas. Anda la gente con tan gran ansia y fervor que más parecen obras de ángeles que de hombres. No ha habido parroquia ni convento en toda Valencia donde no se hayan celebrado sus honras con gran solemnidad y autoridad, cual nunca en el mundo se han hecho por papa, emperador ni rey, con sermones altísimos, asistiendo en cada una dellas toda la ciudad, las iglesias ricamente aderezadas de colgaduras y ornamentos, muchas flores y verduras, coros de música, diferencias de instrumentos, epigramas, sonetos, tímulo muy suntuoso desde el suelo al techo, entre los cuales hicieron uno a su costa los carpinteros que la hechura dél se apreció en ochocientos ducados y todos han tenido a dos o tres mil luces y ha sido tan grande la ofrenda de cera de todo el pueblo para estos oficios, que la que ha sobrado ha valido millares de ducados.

Luego que murió el santo, salió el cabildo en forma y le fue a decir el responso y lo mismo hicieron todas las religiones y parroquias.

Hicieronle en San Andrés un tímulo muy alto, con la mayor autoridad que se puede pensar, donde estuvo el cuerpo tres días. Y no es mucho que entonces estuviese la iglesia, la calle y las plazas junto a ella ocupadas de cincuenta mil almas, porque cada día están de la misma manera y en siete días que estoy en Valencia, no me ha sido posible entrar allá. Y todos dicen a voces: santo, santo, santo.

Los milagros que ha hecho, bien referidos están por tantos escritores como han tomado la mano en representarlos. Comenzaron los poetas a ejercitarse y no paran los impresores a usar sus oficios y no hay hombre, muger ni niño que no traigan la efigie del santo y papeles de poesía.

Los ciegos que no han merecido alcanzar la vista tienen más luz de la que solían, porque aunque hay gran suma dellos, todos ganan dinero de día y de noche, rezando oraciones del santo, y son tan combatidos del pueblo que no cesan un punto.

Están las calles cercanas a San Andrés ocupadas con tiendas donde se dan los papeles de su retrato, y hay tan gran frecuencia en tomarlos que es cosa milagrosa.

Los pintores trabajan a todas las horas y aunque se ocupan muchos, no pueden dar las imágenes que les piden, porque no hay tanta priesa al pan, en año de hambre, como estas imágenes que les piden. Pues lo que es listones para medidas es de manera que ni en Monserate, Guadalupe, la Peña de Francia, ni Atocha, se despiden tantas.

Han venido y viene cada día gran suma de pobres de todas partes que está la ciudad llena de ellos y ellos tratan de avecindarse aquí, porque han hallado las Indias en Valencia, pues en pidiendo en nombre del santo, todos les dan limosna y les dan de comer. Vase ocupando la ciudad de forasteros, hombres, mugeres y niños. Entran en ella cada día mil carros, coches y cavalgaduras de todo el Reyno y de Arugón, Cataluña y Francia y mientras más, va con mayor continuación.

Están alegres los mesoneros y todo género de tratantes y oficiales, que a todos les alcanza aprovechamiento. Es, en efecto, un ruido y bullicio tan extraordinario y tal el concurso, que a lo más que he podido llegar ha sido a la puerta de la yglesia, donde me retiré medio ahogado y desde allí vi una cosa de grande admiración, que es una paloma que se ha puesto sobre el arco de la capilla donde está el santo, que todos afirman que no saven de dónde vino y de allí dicen que vaxa a beber y se vuelve a su lugar.

Delante de la puerta de la casilla donde vivía este bienaventurado, se hallan a todas horas mil almas mirando las paredes embovados en esto, que no falta sino adorarlas.

Hay en la yglesia muchas fuentes de plata y afirman todos que se llenan quatro o cinco veces al día de reales [...]

Todos los oficiales, como digamos sastres, carpinteros, zapateros, pescadores, carniceros, esparteros y a esta traza todos los oficios de manufactura, cada uno de éstos, le han hecho un presente al santo: unos, dineros, y otros de aquellas cosas de sus oficios que son a propósito para la obra de la iglesia de San Andrés. Y cada oficio hace su entrada llevando delante una escuadra de arcabuceros muy lucidos, muchas bandas y penachos, y su bandera y atambores y luego cincuenta o cien niños, vestidos de ángeles, menestriles, trompetas y atabales. Y en medio desto, la ofrenda que le hacen.

Y yo he estado tan ocupado, después que vine, en papeles y negocios, que aunque no se trata en la ciudad de otra cosa, sólo he asistido al presente que le hicieron los oficiales de cuerdas de cáñamo; como adherentes para la obra de la iglesia todo es a propósito. Iban cincuenta moços arcabuceros, que en Flandes parecieran muy buenos soldados y el capitán y alféreces hacían sus oficios con mucha propiedad y con atabales, menestriles y trompetas. Iban más de ochenta niños vestidos como ángeles y cada uno de ellos llevaba en la cabeça una fuente de plata y sobre ella una cuerda hecha en rollo, como si fuera de cera, que subía muy alto y estas cuerdas eran de mil colores. Y luego trayan cuatro hombres unas andas y encima dellas una maroma muy hermosa y a los lados de las andas quatro ángeles grandes de bulto, con las manos puestas en la maroma. Y con esta música y con la que hacían los arcabuces y con estandartes y ramos de flores, fueron a hacer su presente al santo, cierto a mí me enterneció la devoción con que estas cosas se ejercitan.

Cada oficio destes, por sus andas. Y la noche antes, hay luminarias, cohetes y menestriles en las casas y calles de los de aquel officio.

Los cocheros hicieron otro presente de ciento y cincuenta ducados, en reales de a ocho, con otra entrada semexante.

Los acarreadores de açeyte hicieron otra, llevando cada uno dellos un cántaro de açeyte.

Los panaderos, otra offrenda de muchos ducados, con ángeles, músicas, fuegos, flores y ricos adereços.

Los pescadores ofrecieron el pescado que pescassen en la mar en un día. Y demás de que fue tan bueno el lance, que valió más de 200 ducados, todos los que fueron a comprarlo lo llevaban como si fuera reliquia, dando por él quanto pedían, sin regatear ninguna cosa y hiçieron su entrada con gran biçarria.

Los monederos, lo mismo. Y desta manera, todos quantos officios hay en la república.

Los muchachos de cada parroquia se han juntado y hecho su capitán. Y cada quadrilla dellos han llevado mucha cera y dineros. Y es tan grande la cobdicia, con que todos andan juntando que llevar al santo, que si dixesse que destas cosas y de las limosnas que se hacen en la yglesia, se juntan cada día dos mil ducados, pienso que andara corto.

Ahora andan ordenando los señores lo que a ellos toca: los cavalleros, los mercaderes, las naciones: genoveses, venecianos, italianos, franceses y todos los demás; los notarios, los lenceros...

Hasta ahora está dicho alguna partecilla de lo que passa dentro de la ciudad. Pero lo que entra en ella de las aldeas y lugares de su comarca no se puede significar, porque es negocio infinito y cada momento me llaman para que vea de 200 en 200 carros cargados de materiales y otras cosas con invenciones, músicas y fiestas y por mis ocupaciones no he po-

*did, aunque al punto que ésta escribo, estoy viendo desde las ventanas deste Palacio de atras una cosa admirable, que es el presente que de aquí se lleva ahora al santo y va a la ciudad, desta manera...*¹⁶

El largo y denso relato muestra de forma fehaciente el éxito social del santo Francisco Jerónimo Simón. Importa poco que éste fuera un humilde clérigo desconocido por casi todos en Valencia. Ahora estaba muerto y enterrado. Nada podía hacer por su parte para favorecerse. Los supuestos milagros solamente se le atribuían.

Que sus partidarios hicieron una buena labor de difusión de su imagen, nadie lo discute. Pero, a pesar de que fuera así, se hace difícil explicar la conmoción social que el clérigo provocó. Valencia era una tierra fértil en santos. La ciudad se volcaba por los santos canonizados de las diferentes órdenes religiosas y por los otros aspirantes a la santidad. También con ellos era compatible Simón. Ahora nadie se acordaba de cómo habían sido en vida, de sus virtudes ni de sus defectos. Toda la ilusión de la gente estaba puesta en conseguir su elevación a los altares. El único problema podía ser de primacía, de celeridad en mover los resortes adecuados para encauzar también la santidad del clérigo de San Andrés.

2.2. Los caminos de la desesperación conducen a Valencia

En muy pocas ocasiones alguien había conseguido tanto éxito y reconocimiento social como lo alcanzó el clérigo de San Andrés.

Sin necesidad de recurrir a las manidas circunstancias socio-económicas adversas propias de la coyuntura temporal, que no pueden negarse y sin duda tuvieron como una de sus manifestaciones la facilidad con que la sociedad aceptaba las santidades exageradas, la santidad de Simón se diferencia de los otros muchos casos que se dieron en la época precisamente por la celeridad con que se divulgó y por la aceptación social que tuvo, hasta conseguir transformar la ciudad de Valencia en el centro momentáneo de los peregrinos de la desesperación. Nunca como entonces confluyeron en Valencia tantos pillos, pícaros, buhoneros, prostitutas, peregrinos, enfermos...

Que fueran los mercaderes, como luego se argüirá, o que fueran los clérigos o los frailes, o todos juntos si se quiere, los que divulgaran la santidad de Simón, lo que le diferencia a éste de otros aspirantes a la santidad es su aceptación popular.

Cuando todavía no habían transcurrido tres escasos meses de la muerte de Simón, las muestras de aclamación popular, de devoción, de limosnas y

¹⁶ Ramón Robres, "En torno a Miguel Molinos y los orígenes de su doctrina. Aspectos de la piedad barroca en Valencia (1578-1691)", en *Anthologica Annuaria*, 18 (Roma, 1971), pp. 364-371.

de milagros que se le atribuían, obligaron a los representantes de la parroquia de San Andrés a personarse ante el Vicario General del arzobispado, pidiéndole la apertura de diligencias informativas dirigidas a promover la santidad del clérigo.¹⁷

Testigos de todas condiciones comenzaron a desfilar para dar testimonio de todo lo que sabían de la vida del clérigo o de lo que por su intercesión habían conseguido en forma de curaciones milagrosas. Personajes conocidos y muy vinculados a Simón como la beata Francisca Llopis,¹⁸ el descalzo Antonio Sobrino, la beata Falcona de Cocentina, etc., se entremezclan en las diligencias informativas abiertas por el Vicario General, con otros menos conocidos que narran curaciones, hechos fortuitos, etc.

La sociedad de la desesperación se patentiza y con ella se vislumbran determinados circuitos milagrosos recorridos por cientos de personas que han perdido su fe en los remedios tradicionales y que intentan calmar su desesperanza reclamando un milagro.

No resulta fácil discernir cuánto de engaño, de negocio, de declaraciones pagadas o estimuladas por otros, o de verdad, existe en las declaraciones efectuadas, pero, con toda seguridad, ni más ni menos, que las que se daban en otros casos, cuando la santidad no se ponía en duda, como le pasó a Francisco Jerónimo Simón.

La proliferación de relatos hagiográficos en el siglo XVII, muchos de ellos tendentes a propiciar hipotéticos procesos de beatificación, muestran la existencia de unos determinados estereotipos seguidos casi siempre por todos los autores de estos relatos. A la vida mundana de los personajes, sigue siempre su vida espiritual, su muerte y, finalmente, numerosos ejemplos de curaciones, favores... En definitiva, milagros que suelen atribuírseles. La lectura detenida de estos milagros evidencia que los mismos son referidos por personajes del entorno del hipotético santo, compañeros de hábito, beatas de su orden, familiares, etc.¹⁹

En el caso de Simón, ocurre algo parecido, si bien, su vinculación al clero secular y el escaso conocimiento que de su persona se tiene en vida, hace que el grupo social que recibe sus favores, en forma de curaciones milagrosas, de salvación de peligros, etc., sea mucho más heterogéneo que el de otros aspirantes a la santidad.

¹⁷ Las referidas diligencias se encuentran en el Archivo Arzobispal y hemos podido bajar en ellas gracias a la amabilidad de las autoridades eclesiásticas que nos han permitido su microfilmación.

¹⁸ Sobre Francisca Llopis, vid.: Francisco Pons Fuster, "Francisca López. Una beata valenciana en la 'Guía Espiritual' de Miguel Molinos", *Estudis*, 18 (1993), pp. 77-95.

¹⁹ Para un estudio detallado del género hagiográfico en el siglo XVII, vid.: Sergio Bertelli, *Rebeldes, libertinos y ortodoxos en el Barroco*, Barcelona, 1984; José L. Sánchez Lora, *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*, Madrid, 1988 y J. Caro Baroja, *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*, Madrid, 1985.

Otra circunstancia peculiar del caso Simón, es el carácter ejemplificador que sus partidarios le atribuyen. Los testimonios de los diferentes personajes harán siempre hincapié en el hecho de que por devoción al clérigo se han mudado las costumbres, reformado las conciencias y son continuas las penitencias y confesiones generales en Valencia.²⁰ Tal hecho es específico del caso Simón y muy pocas veces las biografías de otros aspirantes a la santidad suelen referirlo.

Los relatos de favores, de salvación de peligros, de curaciones milagrosas que figuran en el proceso de beatificación de Simón son los mismos que podemos encontrar en cualquier otro aspirante a la santidad.

Teodora Gómez sana de los ojos después de acercarse al túmulo donde estaba el cuerpo de Simón y pasarse la mano del clérigo por los ojos. A Pedro Luis Cerdán, nieto de Tomás Cerdán de Tallada, del Consejo de su Magestad, le descalabran la cabeza y después de aplicarse a la herida lana del colchón de Simón, la herida se cura. Juan Meseguer, notario de Onteniente, recibe un tiro a tres pasos de distancia, y no le sucede nada porque lleva una imagen de Simón, otra de la Virgen y en un "ojo" del jubón una "medida" del cuerpo del clérigo.

Más curioso resulta el relato de Matías Hernández, natural de Mançariegos en Palencia. Estando en su tierra convaleciente de una enfermedad de tullimiento oye hablar de Simón y se viene a Valencia. Entra por Orihuela y marcha a Cocentaina. En Denia compra un papel con la imagen de Simón, se lo pone en el pecho y se encamina a Valencia. Estando en una barraca, en medio del Camino Real, entre Almussafes y Silla, viene el "ordinario" de Alzira con cuatro mulas y cargado con siete sacas de lana y siete personas. Se pone a andar a la sombra del carro, éste vuelca y no le pasa nada. De inmediato, acude a Valencia a narrar lo que le ha sucedido que es refrendado por múltiples testigos.

Los relatos de curaciones y de favores se entremezclan con los testimonios de aquellos que conocieron a Simón. El desfile de personajes es amplio en número. De todos los testimonios que figuran, interesa resaltar el de Inés Medina de Falcó, más conocida como beata Falcona.

Esta mujer conoció a Simón cuando tenía diez años. Poco tiempo después se vuelven a encontrar y llevan a cabo una especie de paseo por la amargura, recordando los temas de la Pasión. El joven Simón llora desconsoladamente, provocando las miradas de los transeúntes. Le pide a la beata que le acepte como hijo espiritual, pero ésta se niega. Después, con el paso de los años, otras veces tratarán de cosas espirituales. Finalmente, coinci-

²⁰ Hay muchos personajes conocidos que se consideraron grandes devotos de Simón o que debido a su ejemplo optaron por la vida eclesiástica. Entre los más conocidos podemos citar a Domingo Sarrió y a Felipe Pesantes. Este último fundador y primer Preposito de la Congregación del Oratorio de San Felipe Neri en Valencia.

diendo con uno de sus viajes desde Cocentaina a Valencia, le informan que el clérigo está muriéndose. Acude a visitarlo y hace su entrada en el aposento recitando estas palabras espirituales: "transformada y edificada la alma unida con Dios, por amor muy inflamada y abogada una cosa son los dos. Súbase el entendimiento poco a poco con diligencia quedando el conocimiento sin cimiento ageno de aquesta ausencia sólo el amor obra allí. Subiendo muy alto grado cuando el alma queda en sí y sobre sí en su Dios se a transformado". El clérigo la reconoce de inmediato, y ella está presente hasta su muerte, que luego certificará que es muerte santa.

Inés Medina Falcó, como también Francisca Llopis, Antonio Sobrino y otros eran personajes conocidos en Valencia por su fama de espirituales. Ellos publicaron y avalaron la santidad del clérigo en los primeros momentos. Después, otros personajes, entre ellos los clérigos seculares, difundieron la santidad de vida de su compañero y encauzaron las muestras de aclamación popular.

Muchos personajes de toda índole vinieron a Valencia atraídos por la fama de Simón. En términos actuales, puede decirse que la santidad del clérigo fue un buen negocio del que se beneficiaron muchos habitantes de la ciudad. Algunos vinieron a Valencia como última esperanza a su desesperación. El relato de dos ejemplos tomados al azar evidencia algunos de los circuitos que seguían estos desesperados.

Cristóbal Soler y Catalina Comes, de setenta y sesenta años respectivamente, son originarios de Barcelona. Ambos forman un matrimonio de enfermos crónicos de asma. El 30 de junio de 1612 ambos acuden ante el Vicario General del arzobispado a narrar que por intercesión de Simón están ahora sanos. Ellos vivían en Barcelona de las limosnas que recibían del obispo y del vicario general. Manifiestan que no se han aplicado remedios médicos para su enfermedad y que sólo notaban algún alivio al tomar un poco de aguardiente. En Barcelona conocen la muerte en opinión de santo de Simón y que ésta se manifiesta en forma de milagros. Deciden venir a Valencia. Primero peregrinan a Montserrat, después se detienen en San Machi. Dudan y pretenden volverse a casa, pero prosiguen hasta Tarragona donde, de repente, se encuentran sanos. Vienen a Valencia a visitar el sepulcro de Simón en acción de gracias y a publicar su salud conseguida por intercesión del clérigo.

Juan Forner, de sesenta y seis años, también es originario de Cataluña. Hacia un año que había tenido un ataque de apoplejía y había quedado paralizado de todo el lado izquierdo. Le aplicaron ventosas y se encontró peor. El médico no le aplicó remedio alguno. Dispuesto a conseguir su curación, inició su circuito milagroso. Marchó a Montserrat después de pasar por San Machi. En ambos lugares encargó misas para su curación. No obtuvo respuesta y se trasladó a Caldes donde muchos enfermos acudían atraídos por la fama curativa de sus fuentes termales. Aquí estuvo nueve días,

bañándose cada día dos veces. Se dirigió a Barcelona, haciéndose sangrar en el Hospital General, donde además le “exarparon y purgaron”. Volvió a su pueblo desesperado y oyó hablar de Simón y de sus milagros. El 21 de junio de 1612 llegó a Valencia. En la iglesia de San Andrés estuvo muchos días en oración. Sólo salía para comer y hacer sus necesidades. Oía misa y se untaba con el aceite de una lámpara todo el lado izquierdo, notando alivio. El último día de su novena pidió con fuerza sanar y, milagrosamente, sanó, pudiendo andar con total normalidad.

Este es el tenor de los múltiples relatos de curaciones que se narran conseguidas por intercesión de Simón y que coadyuvaron a multiplicar su fama de santidad. Pero tal tipo de testimonios de curaciones, de devociones populares y de gente amontonándose alrededor de la parroquia de San Andrés provocaron recelos en algunas órdenes religiosas y, con ello, las discrepancias.

3. LAS DIFERENCIAS EN LA SANTIDAD

Ardua cuestión supone averiguar la santidad de alguien. Quizás por ello siempre han existido formas indirectas de evaluar socialmente la santidad que, por otra parte, es algo muy diferente a la santidad reconocida por la Iglesia.

El propio concepto de santidad encierra grandes dosis de ambigüedad. Incluso, en términos históricos, el concepto de santidad es muy relativo. Caro Baroja, utilizando un texto del siglo XVII, pone de manifiesto la existencia de hasta seis grados de santidad. En todos ellos, dejando de lado aquellos llamados santos “antiguos”, la presencia de milagros en vida y después de la muerte parece ser una constante que se admite como requisito imprescindible.

Más problemática resulta la cuestión de la veneración popular que se debe rendir a los presuntos santos. Ahora la casuística histórica pretende rehuir los extremos. No conviene aprobar fácilmente milagros y otras acciones con las que el pueblo aclama a alguien por santo, ni prohibir cualquier manera de veneración exterior. Caro Baroja cita en este sentido el caso del auditor de la Rota, Francisco Peña, que “condenaba ciertas pinturas y estampas que se habían hecho de un beato”.²¹ Tal beato, añadiremos por nuestra cuenta, era posiblemente Francisco Jerónimo Simón, pues en su frustrado intento de santidad intervino Francisco Peña.²²

²¹ Caro Baroja, *Las formas complejas...*, p. 101.

²² Francisco Peña era Auditor de la Rota romana y fue el destinatario de una carta remitida desde Valencia por el dominico Fray Francisco de Castro, informándole de los supuestos desmanes de los simonistas y de quiénes eran los que favorecían la santidad de Simón. Vid.: Francisco Pons Fuster, *La espiritualidad valenciana. El Iluminismo en los siglos XVI y XVII*, Universitat de València, 1991, pp. 264 y ss.

Así pues, milagros en vida y después de la muerte y veneración popular son requisitos imprescindibles para la santidad. Ambos los encontramos en el caso de Francisco Jerónimo Simón y, sin embargo, en vez de servir para aunar los esfuerzos, sirvieron para agudizar las diferencias sobre su santidad. Bandos enfrentados y rivalidades violentas surgieron en torno a la figura del clérigo.

El éxito social del presunto santo no fue aceptado por aquellos que tenían temor a perder su primacía limosnara y su liderazgo ideológico. Pero fue precisamente la proyección social que adquiere la santidad de Simón la causa fundamental que hizo reaccionar a los frailes, al ver, impotentes, cómo mermaba su influencia en la sociedad, cómo sus santos frailes aspirantes a la santidad se dejaban de lado y cómo sus conventos perdían el favor limosnero de la sociedad. Su reacción se plasmó en artificios legalistas con los que estaban habituados como: si se sobrepasaban o no los límites permitidos de la devoción popular, si los partidarios del clérigo decían cosas extrañas y contrarias a los frailes, etc. Fue el miedo a perder su *status* y el control ideológico que ejercían sobre la sociedad lo que les hizo reaccionar. Por eso, los simonistas, incluso los más tibios de ellos, no entendieron nunca su actitud, y se interrogaban siempre sobre lo mismo: si todos siempre hemos hecho tanto por los santos frailes por qué ahora ellos nos niegan esa posibilidad.

El enconamiento de posiciones frustró la santidad de Francisco Jerónimo Simón, pero antes de que todo esto fuera evidente, acontecieron sucesos que conviene tener presentes.

3.1. Las razones de las discrepancias

A los tres meses de la muerte de Francisco Jerónimo Simón, todo lo que hemos visto de alegría, de unanimidad de criterio, de fiestas continuas, de beneficios para muchos, comienza a tornarse discrepancias, sombras, envidias, acusaciones y violencia.

Nada nos permite poder saber a ciencia cierta qué hubiera acontecido de mantenerse la unanimidad de todos. Se podría responder que Simón estaría hoy en los altares y sería uno más de los santos valencianos. Pero la realidad fue que su santidad acabó frustrándose, y en esa frustración hubo algunos protagonistas.

A cualquier investigador de los hechos que acaecen hasta tres meses después de la muerte de Simón, le resulta fácil entrever que no todos participaban por igual en las muestras de júbilo. Pero de ahí a derivar que sucediera todo lo que posteriormente pasó, media un abismo que necesita algunas explicaciones, sin tener que recurrir a historias simplificadoras de grupos espiritualistas más o menos heterodoxos, cuyo liderazgo detentaba

Francisco Jerónimo Simón. Razones más simples y humanas movieron las discrepancias.²³

Dominicos y franciscanos, acompañados de otras órdenes religiosas menos señaladas, encabezaron la oposición a la santidad de Francisco Jerónimo Simón. En un primer momento, ellos, aunque a regañadientes, también participaron en las honras fúnebres que se hicieron al clérigo. Después, se desligaron de participar en cualquier homenaje que se le hacía. Ante sus ojos, seguramente atónitos, veían pasar las diferentes procesiones de regalos y presentes que llegaban a la iglesia de San Andrés. Los continuos milagros que se voceaban provocaban en ellos ciertos reparos por la facilidad con que se admitían. La actitud orgullosa de los clérigos seculares, ante la posibilidad de que uno de sus filas accediera a la santidad, no les pasaba desapercibida. Tampoco, las estampas y figuras que se pintaban del clérigo dando como evidente su santidad. El éxito social del nuevo santo les detraía devotos y limosnas, al tiempo que el pueblo se olvidaba de sus diferentes aspirantes a la santidad. Ciertas expresiones populares, algunas denigratorias contra los frailes, les enervaban. El cáliz que se veían apurados a beber colmaba su paciencia y decidieron pasar a la acción.

Dominicos y franciscanos optaron por abrir un triple frente. Informar secretamente al arzobispo de lo que entendían eran excesos en la devoción al clérigo de San Andrés, conseguir convencer al franciscano descalzo Fray Antonio Sobrino de que no avalara su santidad y comenzar a informar a Roma de que lo que estaba sucediendo en Valencia sobrepasaba los límites de lo permitido por la Iglesia en estos casos.

El trabajo de los frailes dio los frutos apetecidos. El arzobispo Aliaga, dominico, envió a su Vicario General a reformar la devoción a Simón. Sobrino respondió al envite de los dominicos y franciscanos contestando públicamente a sus escritos. La información a Roma sirvió para generar al menos ciertos recelos. La actitud radical de los partidarios de Simón ante la pretensión del arzobispo de reformar la devoción del clérigo sirvió a los frailes nuevos argumentos para oponerse a la santidad.

Así pues, tras los sucesos del 21 de julio de 1612, cuando las autoridades de la ciudad se vieron obligadas a promulgar fiestas para evitar los desórdenes públicos que se avecinaban ante el intento del Vicario General de reformar la devoción a Simón, se produjo una fractura y las actitudes de partidarios y émulos se mostrarán ya irreconciliables. A partir de ese momento, uno y otro bando sacará a relucir todas sus armas con tal de doblegar al otro. Violencia verbal y física irá acompañada de informes y acusaciones mutuas. Nada será igual desde entonces y la santidad del clérigo comienza a ser una santidad frustrada.

²³ Vid.: Pons Fuster, *La espiritualidad valenciana...* pp. 247 y ss.

3.2. Los protagonistas de las discrepancias

Los frailes dominicos y franciscanos que más se distinguieron en mostrar sus discrepancias contra la santidad de Francisco Jerónimo Simón y sus partidarios tienen nombres y apellidos. Las razones que esgrimieron han sido ya publicadas con anterioridad y son conocidas.²⁴ Será suficiente, por tanto, un simple resumen para recordarlas.

El dominico Fray Francisco de Castro se encargó de convencer al franciscano descalzo Fray Antonio Sobrino de que no avalara la santidad del clérigo de San Andrés. No consiguió su objetivo, pero lanzó contra su contrincante acusaciones de alumbradismo, de fiarse en exceso de la espiritualidad maravillosista de algunas mujeres y de avalar la devoción que se rendía al clérigo, pese a que ésta sobrepasaba, según él, los límites de lo permitido por la Iglesia. No satisfecho con las respuestas de Sobrino a sus argumentos, decidió enviar a Roma un sesgado informe de lo que acontecía.

Luis Fundoni, franciscano, fue el encargado de releer con "espíritu crítico" el libro que Sobrino acababa de publicar titulado *Vida espiritual y Perfección Christiana*, hasta conseguir encontrar algunas ideas que podían flaquear doctrinalmente. Los frailes dominicos y franciscanos al no conseguir doblegar para sus fines a Sobrino, intentaron la vía del descrédito personal e intelectual del descalzo que, a la larga, dio los frutos apetecidos. El descalzo fue obligado a exiliarse de Valencia por la Inquisición y ésta acabó prohibiendo su libro con la excusa de no estar permitidas las polémicas con herejes en lengua vulgar.²⁵

Los dominicos Fray Ambrosio Roig, hijo del Vice-canciller del Consejo de Aragón, y Fray Breta sirvieron a los intereses de su convento actuando de provocadores de los simonistas con sus actitudes públicas.

El franciscano Fray Bartolomé Esplugues y el dominico Fray Tomás Maluenda remitieron informes a sus compañeros, en el primer caso, y a Roma, en el segundo, diferenciando entre los méritos de santidad del clérigo Simón y los méritos de santidad de los frailes, y contando los sucesos de julio de 1612.

Otros protagonistas podrían citarse. El mismo arzobispo Aliaga era también dominico y aunque pretendiera ser imparcial, su filiación de hábito motivaba muchas de sus propuestas dirigidas a la reforma de la devoción de Simón.²⁶ Pedro Cabezas, aunque no era dominico, fue enviado por éstos a Roma y Madrid para que propalara todos los supuestos excesos de los si-

²⁴ Pons Fuster, *La espiritualidad valenciana...*, pp. 253 y ss.

²⁵ Para la polémica sobre el libro de Fray Antonio Sobrino, vid.: Pons Fuster, *Místicos...*, pp. 102-110.

²⁶ Domínguez Ortiz, *Las clases...*, pp. 248-249.

monistas.²⁷ Finalmente, otro dominico, Fray Juan Gavastón, merece un comentario aparte.

Gavastón fue testigo directo de los acontecimientos que acaecieron en Valencia por causa de la pretendida santidad de Francisco Jerónimo Simón y acompañó al Guardián de los dominicos cuando éste fue a Lisboa en 1619 para conseguir el favor del Rey. Pero no existe constancia de que escribiera públicamente sobre lo que pasó, ni que públicamente manifestara lo que pensaba, y a pesar de ello, Gavastón es la fuente histórica más utilizada hasta ahora por los investigadores.

El dominico Gavastón escribió en 1619, después de los sucesos violentos que tuvieron lugar en Valencia al publicarse el edicto inquisitorial prohibiendo todas las manifestaciones públicas de devoción a Simón. Su extenso manuscrito es, por tanto, un agavillado relato sin orden cronológico de sus recuerdos desde 1612 hasta 1619. Allí se entrecruzan las noticias, con los comentarios, algunos esperpénticos, y se adivinan los peligros que se cernían sobre Valencia de continuarse la devoción al clérigo. También figuran algunos protagonistas partidarios de Simón que, lógicamente, reciben duras críticas del fraile.

Con anterioridad no tuvimos oportunidad de trabajar sobre el manuscrito de Gavastón. El silencio con el que Robres guardó el lugar donde se conservaba esta fuente nos obligó a utilizar su versión sin poder contrastarla con el original. Ahora que hemos podido trabajar en ella, es posible entresacar algunas ideas iterativas presentes en el escrito del fraile dominico.²⁸

3.3. Algunas discrepancias

Fray Juan Gavastón no es un escritor imparcial en el tema de la santidad de Francisco Jerónimo Simón. Él odia a Simón y a los simonistas porque en ambos ve la causa de los males que aquejan a los frailes dominicos de Valencia. En tal sentido, la crónica de Gavastón no es más que el reflejo de una pretendida historia de buenos y malos. Buenos son los dominicos por oponerse a la santidad de Simón y a la devoción que le rendían sus partidarios. Malos son los simonistas, y al fraile no le importa si éstos son clérigos, frailes de otras órdenes, autoridades o simple gente del pueblo, todos para él son dignos de desprecio porque defienden comportamientos parecidos a los de los alumbrados y luteranos, porque son capaces de volver a provocar una revuelta popular semejante a la de las Germanías y porque, según él, van en contra de los dominicos.

²⁷ La historia detallada de los trabajos llevados a cabo por Pedro Cabezas en contra de Simón puede verse en: Pons Fuster, *La espiritualidad valenciana...*, pp. 338-355.

²⁸ El manuscrito del dominico Fray Juan Gavastón se guarda ahora en el Archivo de la Catedral de Valencia, donde puede consultarse sin problemas.

Al final, en esta historia de buenos y malos que refleja el texto de Gavastón, acaban imponiéndose los buenos. Es decir, los frailes dominicos, que ven triunfar sus tesis al frustrar la santidad de Francisco Jerónimo Simón. Pero antes de que esto acaezca, del hilo argumental de Gavastón, podemos resaltar algunas ideas.

3.3.1. Simonistas, luteranos y alumbrados

A lo largo del extenso escrito de Gavastón se entrecruzan en diversos momentos referencias a luteranos y alumbrados comparando sus comportamientos con los de los simonistas. Tal identificación perseguía obviamente el descrédito de los partidarios del clérigo, y de ahí que el dominico utilizara precisamente dos de las más graves acusaciones que podían hacerse en aquella época.

Gavastón al mezclar a los simonistas con los luteranos y los alumbrados no hacía sino seguir una costumbre habitual de la orden dominica. Algo parecido, con mejores o peores argumentos, con mayor o menor razón, habían hecho otros compañeros suyos como Melchor Cano y Fray Alonso de la Fuente. Este último, en sus correrías por Extremadura y Andalucía, no dudó en acusar a muchos de alumbrados, incluso a personajes tan fuera de sospecha como Juan de Ribera, Cristóbal de Rojas y Fray Luis de Granada. Era, quizás, la manera más fácil de complicarles la vida y de paso "eliminar" disidencias, discrepancias, tan conflictivas para una visión monolítica de la religión.²⁹

La primera vez que Gavastón confunde a los simonistas con los luteranos utiliza el ejemplo de Cazalla y los sermones que éste predicaba en Valladolid.³⁰

Al poco de morir Simón, algunos de sus partidarios decidieron parangonar al clérigo y llevar a cabo todos los viernes una procesión de disciplinantes. Haciendo el mismo recorrido que los reos hacían cuando eran llevados al patíbulo, la procesión finalizaba en la plaza del mercado, donde estaba el patíbulo. Allí, después de algunas oraciones y de unas palabras predicadas por algún fraile o clérigo, la procesión se daba por finalizada.³¹

²⁹ Vid.: M. Bataillon, *Erasmus y España*, Madrid, 1979; J. H. Elliot, *La España Imperial (1469-1716)*, Barcelona, 1972 y A. Huerga, *Historia de los Alumbrados. I. Los Alumbrados de Extremadura (1570-1582)*, Madrid, 1978.

³⁰ Un sucinto resumen del episodio Cazalla y los protestantes de Valladolid puede verse en: Elliot, *La España Imperial...*, pp. 241 y ss. Más extensamente, en Bataillon, *Erasmus y España*.

³¹ Estas procesiones tuvieron auge de nuevo en la segunda mitad del siglo XVII, patrocinadas por Domingo Sarrió, ferviente devoto de Simón. Vid.: Antonio Jordán Selva, *Sumario de la maravillosa vida, y heroicas virtudes del V.P. Dotor Domingo Sarrió*, Valencia, 1678.

La procesión de disciplinantes no era del gusto de los frailes que se oponían a la santidad del clérigo, porque decían que en ella se cometían algunos excesos. Sin embargo, Gavastón va un poco más allá, e identifica la procesión con Lutero y Cazalla.

*Díganme aora los que an leído las historias que dizen que desta manera empeçó martin lutero, y todos los herejes hazen sus prédicas y conventículos de noche, qué dirá desto: y los que sabemos los sermones que en Valladolid predicava Cazalla heresiarca de noche con que tanto mal hizo en aquella Ciudad, y hiciera mucho más a toda españa si la ynquisición no lo atajara quemándole a él y a otros, con qué paciencia aviamos de llevar desatinos como éstos, pues a boces deziamos los religiosos de Predicadores, avía buelto el tiempo de Cazalla.*³²

No vale la pena entrar a analizar la acusación, pero es curioso que el dominico, tan puntilloso en la cuestiones espirituales, atribuya el cambio horario de la procesión que desde horas nocturnas pasa a hacerse de día, a la intervención de una beata suya que en un rapto espiritual visita al "Retor de S. Martín" y le convence del cambio de horario.³³

De nuevo mezclará Gavastón a los alumbrados con los partidarios de Simón, cuando al referirse al enfrentamiento dialéctico que libran su compañero de hábito, Fray Francisco de Castro y el descalzo Fray Antonio Sobrino,³⁴ recoge la diatriba que alguien remitió a los dominicos contra el franciscano.

*Harta más razón fuera, comunicar con hombres doctos, que en las religiones viven, que no con mujercillas endiosadas: sino es mejor dezirlas alumbradas. Pero no me espanto, que éstas frisan con el sujeto para aquello... Ya a los que hablaban dessa suerte, que fueron los alumbrados les acabó dios, y acabará a los que por ay se guiaren: si ya no es que de flaqueza deliran los que desta suerte hablan, aunque su ordinaria comida no promete esso.*³⁵

No contento Gavastón con la acusación lanzada contra Sobrino por este desconocido partidario de sus tesis, añadirá él mismo: "*Bien se aurá notado en la respuesta de fray Sobrino el espíritu diabólico de este hombre y digo así porque hizo tanto mal con ella en esta triste Ciudad, quanto martin lutero en sus principios con sus libellos trasnochados de noche, y publicados de día, que cada día iva echando para su propósito*".³⁶

³² Gavastón, fol. 69.

³³ *Ibid.*, fol. 70.

³⁴ Un análisis detallado de la polémica entre el franciscano descalzo Fray Antonio Sobrino y el dominico Fray Francisco de Castro puede verse en: Pons Fuster, *La espiritualidad valenciana...*, pp. 253-269.

³⁵ Gavastón, fols. 96-97.

³⁶ *Ibid.*, fol. 100.

Gavastón acusará a Sobrino de publicar la carta que le había dirigido Fray Francisco de Castro y su respuesta, acentuando así el odio que el pueblo sentía hacia los frailes. Haciendo notar algunas proposiciones de Sobrino que Gavastón consideraba heréticas o malsonantes, dirá en concreto de una de ellas:

*Otra proposición dize este frayle no menos malsonante que las que quedan dichas, antes más escandalosa, es ella: En la veneración deste santo no puedo yo dexar de seguir mi moción interior. Esta frisa mucho con la doctrina de Martin Lutero, y es proposición muy platicada de los alumbrados. Pues moción interior contra los sacros cánones apostólicos, y que va contra la yglesia santa, y buenas costumbres suyas, y ley de dios ni es moción buena, ni del espíritu santo, ni se deve seguir, y es heregia dezir lo contrario. Mas esto basta para historiador.*³⁷

De sus acusaciones contra los simonistas no se libran las autoridades que aceptan la devoción al clérigo. Después habrá oportunidad de detallar este aspecto. Ahora será suficiente con mostrar la oposición de Gavastón contra el Virrey Marqués de Caracena, quien para el dominico, "más mal hizo en estas cosas que Cazalla en Valladolid, permitiendo, y no atajando los males antes fomentándolos..."³⁸

Al referir la anécdota de un fraile dominico a quien los partidarios de Simón le habían obligado en la calle a besar una imagen del clérigo, magnífica Gavastón: "Pues que más se hiziera si este religioso estuviera en la Rochella, y se hallara en medio destes herejes?"³⁹

Quando los partidarios de Simón, para contrarrestar las acusaciones que los dominicos lanzaban contra él, pidieron a su representante en la corte que elaborara memoriales de defensa, Gavastón los criticará, trayendo de nuevo a colación su entrañable cantinela.

*Paréceme este estilo el mismo de Martin Lutero que de la noche a la mañana sacaba libellos todos perjudiciales a dios, a la verdad, y a la iglesia. Assi lo eran éstos como se verá en ellos, y andavan dichos memoriales con muchos secretos, y entre pocos, muy encubiertos, evidente señal de lo malo que en sí contenían, y por ellos se verá.*⁴⁰

En 1619 las cosas se torcieron definitivamente para los partidarios de mosén Simón. Éstos eran conscientes de que si se prohibía la devoción al clérigo difícilmente podía conseguirse su santidad. En una pugna que ya era totalmente abierta en Valencia, cada uno de los bandos intentaba jugar sus últimas bazas. Los émulos a Simón reclamaban la publicación de un

³⁷ Gavastón, fol. 104.

³⁸ *Ibid.*, fols. 133-134.

³⁹ *Ibid.*, fol. 161.

⁴⁰ *Ibid.*, fol. 169.

edicto inquisitorial prohibiendo su devoción, sus partidarios intentaban retrasar su publicación presionando con una hipotética revuelta popular. La actuación de los simonistas fue duramente criticada por Gavastón, que, de nuevo, no dudó en mezclarla con la llevada a cabo por los luteranos.

La otra causa de negociar este motín era para por aquí imposibilitar, no se remediara jamás tanto mal, y tanta abominación introducida en esta desafortunada veneración de este hombre... porque veían y ven que han de padecer grande vergüenza con lo restante del mundo. Proprios pasos de herejes que sólo tienen tesón en lo que una vez empezaron a errar, y defender por no caer en afrenta de fáciles y ligeros, con el mundo: y así precian más morir obstinados, y pertinaces, y condenarse, que no conocerse, y confesar an errado, y salvarse. Esta es la ceguera de la heregía. Con estos miedos quiso también Martín Lutero tentar de que no le dixesen nada los perlados y príncipes que le querían estorvar sus maldades, y atajar sus diabólicos pasos. Así en Vormes en las barbas del Emperador Carlos quinto y de los demás potentados que estaban todos juntos en la Dieta poner una noche cedulones por la ciudad diciendo: Guárdese el Arçobispo de Maguncia Comissario general de la cruzada, porque quatrocientos cavalleros tudescos andamos determinados de matarle, y desde aora le desafiámos. No faltaron tampoco cedulones en este negocio porque en todo se pareciessen como luego veremos.⁴¹

El día 3 de marzo de 1619, después de una tormentosa lectura del edicto inquisitorial prohibiendo cualquier tipo de devoción a Francisco Jerónimo Simón, sus partidarios se apropiaron de las calles de la ciudad y atacaron el convento de Santo Domingo y aquellos otros que más se habían significado por ir contra la devoción del clérigo.⁴² La reacción de los simonistas fue una reacción de impotencia, de quienes daban por inútiles todos los esfuerzos llevados a cabo. Su reacción no es justificable, pero sí puede resultar comprensible dado el clima de violencia latente que se respiraba en Valencia. Gavastón detalla los sucesos que acaecieron y concluye: "Qué más hiziera Martín Lutero, o que más se hiziera en Geneva".⁴³

3.3.2. El caso Simón y las Germanías

En ningún caso creemos que puedan ser comparables los sucesos de 1619 con aquellos otros que se iniciaron en 1519 y que son conocidos como la revuelta de las Germanías. Ni las causas de aquel conflicto ni las razones que inspiraron a sus líderes pueden parangonarse con las que inspiraban a los partidarios del clérigo valenciano en el momento de rebelarse

⁴¹ Gavastón, fols. 171-172.

⁴² Un amplio relato sobre los sucesos del día tres de marzo de 1619 puede verse en: Pons Fuster, *La espiritualidad valenciana...*, pp. 302-325.

⁴³ Gavastón, fol. 199.

contra unas medidas que consideraban injustas. Por otra parte, los sucesos que tuvieron lugar en Valencia el día tres de marzo de 1619 son lo suficientemente esporádicos como para desechar cualquier tipo de comparación con las Germanías.

Ya cuando estudiamos estos sucesos⁴⁴ reflejamos el interés de los partidarios del clérigo por comparar lo que podía pasar en Valencia con lo que sucedió en 1519. Entendíamos entonces y seguimos manteniendo ahora que dicha comparación fue utilizada como un elemento de presión para conseguir paralizar que se adoptara cualquier decisión contraria a la devoción de Simón. En cualquier caso, el intento de relacionar los dos acontecimientos evidenciaba la existencia en Valencia de un determinado clima de violencia que podía generar alteraciones de la paz social. Por otra parte, la apelación a la revuelta de las Germanías mostraba el vivo recuerdo que la ciudad tenía de unos acontecimientos que habían sido traumáticos para sus habitantes.

Gavastón también relaciona los dos acontecimientos. En su caso, solamente utiliza la similitud de fechas, porque al dominico, más que la relación con las Germanías, le interesa conectar los sucesos de 1619 con el inicio de la revuelta de Lutero y con la persecución de que fueron objeto los dominicos por la oposición que hicieron contra los luteranos cien años antes. El escrito de Gavastón rezuma victimismo por todas sus partes, un victimismo bien explotado por el fraile que trata de realzar las persecuciones de que fueron objeto los dominicos, pasando por alto o justificando las acciones que ellos llevaban a cabo.

Este año de diez y nueve parece que empezó para persecuciones más apretadas que jamás hasta aora habían padecido los frayles desta casa de Predicadores en todos los siete años que ha que dura ésta de mosén Simón. Y en los años en este número de diez, y nueve parece que es fatal, crítico, o judicial porque en este número empezó la Germanía (que en castilla llaman Comunidades) en esta ciudad de Valencia que tan grande mal la hizo en lo temporal, y espiritual, pues fue año 1519. Y así también como día de la Madalena fue el primer motín de los Simonistas (como queda tratado) también día de la Madalena empezó en Valencia la dicha Germanía. Más adelante este mismo año de 1519, se empezaron (podemos dezir) más desvergonzadamente que nunca, y a lo público, las maldades, y heregías de Martín Lutero en Alemaña en la ciudad de Vitemberga. Y así como este heresiarca, y su mala doctrina tuvo por contraria la sagrada orden de Predicadores, y por ella y por la iglesia, y por la santa fe cathólica salió a defenderla el padre Maestro ynquisidor y Comisario General de la cruzada en aquella ciudad fr. Jetzelio hombre doctissimo, y viejo en los años, que con grande ánimo, y pecho resistió a Lutero, y por ello fue él y su religión sacrosanta perseguido de los luteranos, y afrentados sus frayles tanto que les gritaban por las calles desvergonzadamente, y afrentosamente los corrian. Así aora también en esta ocasión lo son también dichos religiosos de esta santa casa de Predicadores por los Simonistas, y tratados

⁴⁴ Vid.: Pons Fuster, *La espiritualidad valenciana...*, pp. 298-302.

con tanto menosprecio, y ultraje (como veremos) este año, que es compasión dezirlo, y leerlo se escandalizara qualquier cathólico.⁴⁵

3.3.3. La crítica contra las autoridades de Valencia

La historia de la santidad frustrada de Francisco Jerónimo Simón refleja claramente la existencia de dos bandos enfrentados. Ambos utilizan a su favor determinadas autoridades políticas y eclesiásticas para conseguir sus objetivos. La relación de tales autoridades y su posicionamiento con cada uno de los bandos ha sido ya estudiada.⁴⁶ A título recordatorio, mencionaremos que los dominicos contaban en su favor con la ayuda del Arzobispo Aliaga, con el hermano de éste, Fray Luis Aliaga, confesor real y después inquisidor general, con sectores de la Inquisición y con otros frailes de su misma orden que desempeñaban cargos destacados en Madrid y Roma.

Los apoyos oficiales de los simonistas, también han sido desvelados con anterioridad, baste ahora para recordarlos el escrito de Gavastón, donde, además, puede analizarse el juicio que al dominico le merecieron.

El Virrey fue uno de los responsables del auge simonista.

*Era en esta ocasión virrey de Valencia don Hernando Carrillo Marqués de Caracena, y en los motines, y cosas de commoción del pueblo pasadas no se movió más que si fuera una estatua de paja antes bien adoraba a mossén Simón de manera que cada día oya misa en su capilla, y todas las salidas que hazia a pasearse por Ciudad lo primero era yr a S. Andrés ha rezar a mossén Simón. Y este hombre fue causa por su parte de los grandes desafueros que contra las religiones en particular contra la de Predicadores, y de S. Francisco se an hecho en esta Ciudad sin reprimirlos, ni atajarlos, ni dársele más que lo que llevaba bajo los pies, antes bien cargando a los frayles siempre.*⁴⁷

Peor parada de las críticas de Gavastón sale la mujer del marqués de Caracena.

*... y su muger la Señora Vireyna muger pía a quien asistía el padre Sobrino, y ella a él con la olla de un real de carnero y media polla gallina y un pedaço de tocino, llevando un papel de mos. Simón en el pecho, y de pura devoción puerca, poniendo la cabeça dentro del servidor de este hombre y adorando sus orillas, buen provecho le haga tan abominable y supersticiosa piedad y devoción.*⁴⁸

También el duque de Lerma fue partidario de la causa simonista, "siempre fue valedor, y favorecedor secreto de mosén Simón, y sus excesos".⁴⁹

⁴⁵ Gavastón, fol. 195.

⁴⁶ Vid.: Pons Fuster, *La espiritualidad valenciana...*, pp. 277-359.

⁴⁷ Gavastón, fol. 144.

⁴⁸ *Ibid.*, fol. 144.

⁴⁹ *Ibid.*, fol. 166.

Incluso el Inquisidor General y Arzobispo de Toledo, don Hernando de Rojas, aunque no era simonista declarado, por sus compromisos con Lerma, se negaba a despachar un edicto de Paulo V a la inquisición de Valencia acerca de las imágenes de Simón. La publicación de este edicto era reclamada por el Arzobispo Aliaga que se encontraba en Madrid. Ahora se entremezclan en los juicios de Gavastón las pugnas políticas existentes en la Corte en estas fechas.

*Como quiera que sea ello fue tan a la larga que con estar ya hecho, jamás le vino a pliego y el Arçobispo siempre perseverante allí, hasta que vispera de la Santissima Concepción de nra. Señora a la noche después de aver cenado le dio unas voluntades de bomitar, y en la primera arqueada vomitó la vida. Dizen que fue su muerte de tósigo que en una ropa de martas que le presentaron le pusieron, y la ropa de martas le presentó assí confitada Don Rodrigo Calderón Marqués de Siete iglesias. Al fin preso está oy dicho Calderón por otras cosas importantes y por ellas confiscada su hazienda que dizen pasa de ocho millones, dios le ayude. Lo que sé es que este Arçobispo de Toledo ha sido el que ha hecho la tan extraordinaria negociación con el Rey acerca de pedir al papa difiniese de fe la pía, y vino a ser muerto sin confesión ni sacramentos noche de la Concepción, justos juicios de Dios, y muchos lo an notado.*⁵⁰

Las autoridades valencianas de la Ciudad y del Reino tampoco le merecen excesivo respeto a Gavastón. Demasiado comprometidas con Simón, para el dominico actuaron más como simonistas que como autoridades imparciales de los hechos que acaecían en Valencia. Desde luego, según su particular opinión, nada hicieron por impedir las afrentas y ataques de que eran objeto los frailes y el Arzobispo. En todo caso, quizás interese destacar que algunas de las acusaciones que contra ellas lanzó Gavastón no estaban exentas de razones, sobre todo, si circunscribimos los acontecimientos exclusivamente a 1619. Pero, tampoco puede olvidarse, que las autoridades de la Ciudad y del Reino habían sido, o al menos ellas así lo sentían, objeto de graves acusaciones por parte de los frailes. Hay que tener presente que desde 1612 hasta 1619, fecha esta última en la que escribe Gavastón, habían sucedido muchas cosas, y los dominicos valencianos no podían ser juzgados de inocentes angelicales. Así pues, considerando todas estas circunstancias, el juicio que a Gavastón le merecían las autoridades valencianas era el siguiente.

Era vacante de virrey por averse pasado el duque de Feria al Gobierno de Milán: y meses a avia que regía por virrey el Governador don Jayme Ferrer home viejo de poca sustancia, y menos suficiencia, y grandíssimo simonista, y guiado por su hijo don Luis ferrer home muy moço y de sus mismas partes, y assí jamás se tomó medio alguno para obedecer al rey, y ayudar a la inquisición. Pues el cabildo hazía sus buenos oficios en esta parte como

⁵⁰ Gavastón, fol. 166.

hasta aquí, y el deán Frigola dizen se dexó de dezir piérdase Valencia y no se llegue a dexar leer este edicto. Desuerte vinieron a amotinar el pueblo con estas cosas, y aun con negociaciones secretas que hizieron con los estudiantes, que es la gente más desalmada, más devergonzada, y apitonada para qualquier maldad, que todos estaban prevenidos de hazer una grande salida en este caso, si otra cosa se innovase. Todos los cavalleron sabian esto, real audiencia, jurados, virrey, clérigos, y cabildo. Todo esto negociavan con el pueblo por dos cossas la una porque le sacasen verdaderos, porque a las muchas cartas que el Rey por espacio de siete años que ha que dura esta contienda de desafueros en la veneración deste hombre siempre le respondieron no se atrevían a remediarlo porque se levantaría un motín que perdería la tierra: y la verdad era que ellos solos los Governadores digo, eran los que hazían el motín y los amotinados, contra dios, contra las religiones contra su perlado nro. Santo Arçobispo, como él se los dixo boca a boca a los de la real audiencia una vez que se desvergonzaron de yrle a rogar no procediese contra los que hazían las procesiones de mosén Simón porque las hazían contra su voluntad, y contra constituciones sinodales del Arçobispado, dándole por razón abría algún motín, y su Señoría illustrissima les respondió con brío santo, y pecho de verdadero perlado, la gente de Valencia era dócil, y que él veía por sus ojos que los amotinadores eran ellos, y los amotinados, y los que se resistían a su perlado, y davan ánimo a aquellas novedades que hazía el pueblo, y no tuvieron palabras con que responder a esta verdad. Assi pasava en esta ocasión que ellos hazían, y ordenavan el motín que después se siguió (como veremos).⁵¹

A finales de febrero de 1619, las autoridades valencianas eran conscientes de que difícilmente podrían variar la voluntad real de reformar la devoción que se rendía al clérigo Simón. Las cartas del Rey que llegaban a Valencia cada vez resultaban más imperativas, y aunque el Rey era favorable a auspiciar la santidad de Simón, no estaba dispuesto a tolerar situaciones de crispación y de enfrentamiento como las que se vivían en Valencia. El Rey se decantaba por dejar discurrir el proceso de beatificación por cauces burocráticos y para ello reclamaba el fin de los enfrentamientos.⁵²

A pesar de que las autoridades de Valencia conocían la posición real, no por ello intentaron recurrir a vías extremadas. Así fue como se decidió enviar una embajada extraordinaria encabezada por el racional y dos jurados. Respecto a tal embajada manifestó también su opinión Gavastón:

La Embajada la componían más de ochenta personas. *“Y se aprestó una grande cavalgada grande acompañamiento y grande estruendo de gente, muchas libreas, muchos criados, muchos acompañantes Cavalleros, muchos coches, mucho carruaje muchas azémilas con reposteros, mucha plata para su servicio, dinero mucho para su gasto que en Requena registraron (primer puerto de Castilla) catorce mil ducados. Y nótese, que ha más de seis años que seis mil ducados que nos hizo merced el Rey de sus propios para los gastos de procurar la canonización de S. Luis bertrán librados*

⁵¹ Gavastón, fols. 170-171.

⁵² Respecto a la intervención real en la cuestión de Francisco Jerónimo Simón, remitimos al artículo de la Profesora Amparo Felipo en este mismo volumen.

aquí en la Generalidad no avemos jamás tenido remedio de poder sacar ni un dinero por más cartas que de su magestad sacamos, y nos responden todavía, no ay dinero para podernos dar, y por el ídolo tanto gasto con tanta liberalidad gastado...”.⁵³

La embajada estaba compuesta por el racional Hierónimo Bayarri, por el “Jurat en cap” de los caballeros Miguel Pertusa, por el jurado segundo de los ciudadanos Palau, pues al “Jurat en cap” Salafranca no le enviaron *“por su poca suficiencia, y escogieron al sobredicho siendo sordo, y que por serlo no habló allá al Rey tocando a él, sino el de los Caballeros, siendo contra fuero desta Ciudad, porque se vea como ivan deslumbrados, assi hizieron tan mal efecto como veremos. También iba el sindico Vicente Masquefa, y un avogado de la Ciudad Gaspar Gil Polo. Todos éstos con los que los acompañavan pajes, criados, y provehedores hazían número de ochenta personas, todos eran cada día de mesa a costa de la Ciudad”*.⁵⁴

Tiene razón Gavastón en que la embajada resultó un fiasco. Primero, el Rey se alarmó ante el intento de los valencianos de remitirle tan solemne embajada e intentó paralizarla pidiendo al Gobernador que sólo fuera a la corte uno de los jurados. El Rey pretendía rebajar la importancia diplomática de la representación. Cuando esto no pudo conseguirse porque la embajada ya había salido de Valencia, las cosas se agravaron, pues estando la representación valenciana en Madrid se dio lectura al edicto inquisitorial de reforma de la devoción a Simón y esto provocó los graves disturbios conocidos. La realidad es que la representación valenciana hizo el ridículo en Madrid. Pues cuando el Rey se enteró de los graves sucesos acaecidos en Valencia se negó a recibirla y, solamente, después de diversas gestiones del Vicecanciller de Aragón aceptó hacerlo. Pero entonces la entrevista se convirtió en una dura reprimenda real, tras la cual se vieron obligados a aceptar la reforma de la devoción del clérigo.

Del relato de Gavastón se desprende que todos en Valencia eran conscientes de que el día 3 de marzo de 1619, fecha prevista aunque ambiguamente disimulada por la Inquisición para leer el edicto de reforma de la devoción a Simón, iban a suceder cosas graves. Los simonistas estaban convencidos de que tal día iba a leerse el edicto y sus ánimos fueron soliviantándose en los días anteriores.⁵⁵ Los dominicos, aunque no disimulaban su regocijo, tenían miedo de lo que pudiera pasarles. Algunas autoridades les advirtieron de ello, hecho que es recogido por Gavastón para lanzar una durísima diatriba con éstas.

⁵³ Gavastón, fols. 172-173.

⁵⁴ *Ibid.*, fol. 173.

⁵⁵ Este clima de nerviosismo es perceptible en la actuación de los estudiantes y del Regente. Vid.: Pons Fuster, *La espiritualidad valenciana...*, pp. 302-305.

El Regente de la real audiencia que está enfrente Predicadores por mostrarse amigo deste convento, y confesarse por su boca enemigo, envió un recado al padre Prior desta casa que se guardase, porque él sabía que avía de aver motín aquella mañana... y enviado este recado se fue a S. Andrés al oficio y sermón, y se puso dentro de la misma Capilla de mosén Simón, no teniendo por seguro otro lugar sino aquél en toda la iglesia de dios. Aquí quisiera arrojar el trapo y poder dezir lo que es esto, mas quiera dios que algún día lo pueda dezir en lugar alto, y público, y por lo menos fuera bien que lo supiera su Magestad del Rey nro. Señor, y viera a quién encomienda sus vasallos, y el gobierno de su Ciudad. Y pregunto yo aora qué descargo, ni disculpa tiene éste, y éstos para con su Rey, y esso es lo de menos, con su dios, con su justicia y con su juicio? Por cuánto menos que esto nos dizen las historias se an visto Governadores puestos en un palo, y afrentados sus hijos, y decendientes?... El Virrey con toda la frescura del mundo se fue a S. Bartholomé a oyr la missa mayor, y el Sermón. Y todos los demás regidores se fueron con grande desenfado a cada uno adonde le pareció, dexando al pueblo amotinado, y desatinado campo franco, y lugar ancho para hazer lo que hizo finalmente, y todo lo demás que podía hazer a su gusto, si quisiera. Quán a lo proprio dixo la suma verdad de cada uno destes... Estos pastores sólo de nombre mercenarios de obra assí lo hizieron en esta ocasión. Ay de ellos, y teman y consideren lo que les dize el profeta S. Heremias: Ut pastoribus qui disperdunt... Parece que al pie de la letra lo dixo esto el S.S. por solos estos Governadores: pues en este disimulo, dieron claramente a entender a dios, y todo el mundo que ellos eran los que hazían el motín, y ellos solos eran los amotinados. Y contra quién dios, y enhorabuena? Contra los mandatos y cartas reales, contra la inquisición, contra su proprio perlado y Arçobispo, y contra las religiones. No es esto nada? No es razón que esto se escriba para memoria perpetua en el mundo? No es razón esto se conosca, y castigue, sino de la justicia de la tierra de la del Cielo? yo lo confío del justo juez dios.⁵⁶

El estilo trágico que adopta Gavastón en esta durísima diatriba contra las autoridades valencianas se acentúa posteriormente cuando alude particularmente también a lo que hizo el Virrey.

Aquella tarde contenta la Real audiencia y el señor visorey, y dígolo assí, porque topando el motín los sobredichos los alababan y animavan y quitavan el sombrero diziendo, muy bien Señores si, victor y les quitavan el sombrero, y el virey don jayme ferrer el primero. Ha, es esto barro? o con qué lágrimas se deve llorar, y qué castigo del cielo no les ha de venir a semejantes Regidores? Viose cosa como ésta jamás en tierra de Rey tan cathólico como el nro? con qué satisfarán éstos los daños y males que an sido causa, y favorecido, y dexado de castigar en esta triste Valencia? qué dixeran si vieran esto nuestros antipasados que con tanta prudencia y gobierno an regido esta Ciudad nombrada en todo el mundo en buen govierno, y que de aquí an sacado los Reyes gobernadores de otras naciones en los tiempos pasados, y con grande loa de esta nación an gobernado? Qué hizieran en desatinos tan grandes de los que aora rigen, y porqué pretensión que es más corrimiento, por usurparse el vulgo el oficio del papa, y de la iglesia? Es poco esto? y en razón desto yr contra la santa inquisición, essa niñería? baste que más lo quiero llorar en secreto...⁵⁷

⁵⁶ Gavastón, fols. 179-180.

⁵⁷ *Ibid.*, fols. 190-191.

No todas las autoridades valencianas se merecen tan graves juicios. Otras se merecen respeto, como el Bayle General, Don Villerich Carrós, que cuando nadie, en cumplimiento del edicto, se atrevió retirar el altar e imagen que había en San Andrés de mosén Simón, él y sus hijos, acompañados de otros caballeros, lo hicieron sin dificultad alguna.⁵⁸

Pero, antes de que esto pasara, otras autoridades se mostraron comprometidas con los dominicos y lo hicieron la misma tarde del día tres de marzo de 1619, después de la violencia desatada contra los dominicos por la mañana. La narración de Gavastón sobre este asunto reafirma su actitud contra las autoridades valencianas, aunque en este caso, el que merecerá sus críticas será un eclesiástico.

La tarde del mismo día 3 de marzo de 1619, la ciudad hizo un pregón ordenando que se hicieran luminarias y cohetes por la noche en honor de mosén Simón. Gavastón criticará esta actitud porque pensaba que era dar pie a los amotinados para que por la noche hicieran contra ellos lo que no se habían atrevido a hacer por el día. Los frailes estaban tan asustados que acudieron al alcaide de la casa de las armas (D. Jaime Moncayo) para que les suministrase algunos mosquetes con los que poder defenderse.

Hízolo Don jayme Moncayo como nro. y muy honrrado Caballero, y por el muro dionos cierto número de mosquetes, y cuerda para ellos de sus armas (que las tiene muchas) no de las del reyno: pues como lo viese hijo de su madre y llevó luego las nuevas a los diputados, diziéndole que avian agujereado los frayles la casa de las armas para sacar por allí las armas, y que don jayme les avia dado las armas del Reyno para defenderse. Sin encomendarse a dios, ni a S. María sin más verdadera información ni jurídica que ésta se juntaron los señores diputados, y dellos un frayle de Val de xo. que era diputado llamado fr. bonet que lo era por el prior de dicho Convento votó que cortasen la cabeça a don Jayme (y quien más moderado anduvo fue votar le quitasen el cargo) porque avia dado armas a los frayles contra la Ciudad. Qué bien correspondió este frayle con su ábito, con su nombre, y aun con su conciencia: y qué bien que mostró sus entrañas y deseos, en poner nombre que las armas eran contra la Ciudad, y qué docto era el padre diziendo que las armas de defensa, que es de ley natural permitida a cada uno dixese que se avían de negar, a un convento tan religioso y tan S. y tan grave como éste, hydeputa como votaba dénselos a los frayles de predicadores todas las armas que para defenderse de vellacos, y de amotinados an menester, porque les quieren injustamente dañar, y cómo que se acordava el ignorante que un frayle de S. Domingo les edificó a los de su orden y a él la casa tan illustre que ay tienen de portaceli.⁵⁹

El alcaide Moncayo fue acusado de su acción. Se defendió manifestando que las armas que había entregado a los dominicos no eran armas del Reino sino armas particulares suyas que guardaba en su casa. Se ofreció incluso a que se recontaran las armas del Reino que tenía encomendadas por

⁵⁸ Gavastón, fol. 203.

⁵⁹ *Ibid.*, fols. 194-195.

su cargo y si encontraban que faltaba alguna pedía ser castigado. Sus explicaciones no fueron aceptadas y se remitió información a la Corte para que fuera destituido de su cargo. Los dominicos intercedieron por él ante el Rey, y el Vicecanciller de Aragón no adoptó posición alguna en contra suya, antes al contrario, de creer a Gavastón, alabó su acción.⁶⁰

Las cosas no sabemos si sucedieron así, pero el personaje no debía tener un perfil tan imparcial y desinteresado como lo quiere mostrar Gavastón, pues él mismo, hace participar al tal Jaime Moncayo en una anécdota que no tiene desperdicio. Este personaje, antes de emprender un viaje fue a visitar a Sobrino para pedirle una reliquia suya. Sobrino, al no encontrar nada a mano, se quitó los calzones y se los dio. A D. Jaime le debió gustar la reliquia, pues la besó varias veces y se la puso sobre los ojos. Luego, su incontinencia verbal le hizo contárselo a otro, que parece que era más favorable a Sobrino que el tal Moncayo, pues Gavastón concluye: “no hay que espantarse de éste, porque es amigo de mosén Simón y condiscipulo de sor Francisca”.⁶¹

La actitud del alcaide Moncayo evidencia que algunas autoridades valencianas mantenían sus fidelidades a los frailes dominicos.

3.3.4. Enfrentamientos clérigos-frailes

El *Dietari* de mosén Porcar refleja numerosos enfrentamientos entre clérigos y frailes y entre los integrantes de las diferentes órdenes religiosas en un período de tiempo, 1589-1629, bastante significativo de la historia de Valencia. La casuística de los enfrentamientos es variada. Desde simples cuestiones de primacía social, pasando por cuestiones de protocolo, hasta riñas y muertes violentas aparecen de forma asidua y continuada en sus páginas. Algunos enfrentamientos tienen como causa directa o indirecta el posicionamiento de unos y otros en la cuestión de la santidad de Francisco Jerónimo Simón. En el caso de Porcar, su visión de los hechos acaecidos es sesgada, porque como clérigo defiende la santidad de su compañero y acentúa negativamente las actitudes de los frailes, sobre todo, de los dominicos.

Gavastón mantiene una actitud contraria a la de Porcar, justificándola y arremetiendo contra todos aquellos eclesiásticos, sean clérigos o frailes, que defienden la santidad de Simón. Las acusaciones algunas veces son generales, pero en otras resulta fácil individualizar los protagonistas de su odio. En cualquier caso, el dominico deja bien sentado que por encima de cualquier enfrentamiento, queda fuera de toda discusión la primacía de las

⁶⁰ Gavastón, fol. 196.

⁶¹ *Ibid.*, fols. 38-39.

religiones. Los santos frailes no son equiparables a los santos clérigos y, menos todavía, la santidad de un clérigo como Simón.

Sobrino había recogido este argumento en su respuesta al dominico Fray Francisco de Castro, preguntándose por qué los frailes podían venerar a sus santos no canonizados como Fray Juan Micó, Fray Domingo Anadón y Fray Nicolás Factor y los partidarios de Simón no podían hacer lo mismo. Gavastón respondió a dicha pregunta y lo hizo “por la honrra de ellos”.

*Qué cotejo ha de hazer Simón con ellos? Adónde los éxtasis, raptos y elevaciones éstos? Adónde la mortificación de lamer llagas? tragarse la podre de tierra? salir a los refitorios con sogas a la garganta, y otras mortificaciones enternecidas, y enterneciendo a sus hermanos de los conventos en donde moravan? Dónde aquel espíritu profético de salir a deshora a librar los que se desesperaban? El meterse en los alberques elados, y hazerlos hervir, como el padre Nicolás factor? El zelo, y charidad fogosa de Anadón? La oración perpetua, y despiadadas disciplinas de Micón? Estas obras heroicas paga dios, con certissimos milagros, que por medio destes santos haze. Y finalmente adónde, o cuándo tuvo Simón su cuerpo tan tratable, y con tanta suavidad, como los destes santos, y en particular del padre Nicolás factor... No sé qué promete esto. No ponga pues en balança a Simón con estos otros, pues es cierto que no emparejara.*⁶²

Aquí no se discutía la cuestión de la veneración, sino la santidad. Una santidad reconocida en vida y que después se intentaba que la Iglesia reconociera oficialmente. Sobrino argüirá en uno de sus escritos que difícilmente podía la Iglesia reconocer la santidad de nadie si no existía previamente veneración y también milagros.⁶³ Pero los frailes negaban la veneración del clérigo, a pesar de todas las muestras populares de devoción, con el argumento de que tal veneración era desproporcionada por la sencilla razón de que no existían muestras patentes de vida singular en el clérigo.

Los frailes disponían de toda una organización, su convento y su orden, para avalar la santidad de los suyos. Eran los frailes los que contaban las disciplinas que se daban sus compañeros, los ayunos que hacían y las otras muestras externas de santidad. Simón y con él cualquier otro clérigo no disponían, por decirlo en palabras actuales, de poderes mediáticos a su favor. Menos aún el clérigo de San Andrés, porque en su caso, eran mujeres, beatas, las que avalaban su santidad. Para los frailes no existía punto de comparación, y del mismo modo que se expresaba Gavastón lo hacía también otro franciscano, Bartolomé Esplugues.

Este clérigo primeramente en la clausura, pobreza y obediencia, no puede igualarse con el mínimo religioso, en lo demás no se sabe cosa insigne, y heroyca exterior que es por lo que qual juzga la yglesia sancta guiada por el divino spiritu, aquel tal grado de sanctidad

⁶² Gavastón, fols. 97-98.

⁶³ Pons Fuster, *La espiritualidad valenciana...*, pp. 253-264.

que es menester para darnos a uno... Y en este sacerdote no ha conocido el mundo cosa alguna insigne, ni ayunos, ni cilicios ni disciplinas, ni otras cosas deste compás, su conversación muy ordinaria, su trato pessado, y enfadoso, usar lienzo, cama medianamente regalada, todas las quaresmas y ayunos comía carne, los grandes Sanctos no sólo sanos pero quando enfermos no la comían, y algunas veses de sus platos bolavan vivas, qué éxtasis, qué arrobos sensibles, y conocidos de la yglesia, qué predicaciones, qué conversiones de infieles de gentiles, de pecadores qué zelo de la salvación de las almas, quien confesar nunca quiso a nadie, y cierto que tenía muy poco que temer... Demanera que este clérigo cosa ninguna insigne de virtud y loa exterior le sabemos. No quiero dezir por esto que acullá interiormente no fuese un seraphín que todo es posible pero Ecclesia non iudicat de internis, nisi per externa, y así sólo resta el testimonio de los milagros, los quales no son argumento infalible de santidad, pues es fe cathólica que muchos los han hecho que arden en los infiernos, teniendo el Sor. respeto a la fe de aquellos en cuya utilidad Dios los obrava y no por esso es mi intento dezir que es vesta? clérigo sea desta manera pero es razón no atropellarse en esto sino esperar con pausa y espacio el juhitio y sentencia de la yglesia...⁶⁴

Para los frailes que se oponían a la santidad de Simón, el dominico Gavastón y el franciscano Esplugues son sólo el reflejo del sentir de sus compañeros en Valencia, no existía posibilidad de comparar la santidad de éste con la de sus compañeros de hábito. Pero en esta pugna que por causa del clérigo se libraba en Valencia, tampoco salían bien librados los religiosos de otras órdenes. Los jesuitas fueron ahora objeto de las diatribas de Gavastón.⁶⁵

Su primera acusación contra ellos es la de ir siempre a favor del viento, lo que, según él, les lleva a participar en las fiestas a Simón.⁶⁶ Cuando un jesuita, el P. Sotelo se atrevió a predicar que la Inquisición tenía un decreto favorable a Simón, la Inquisición, en un acto terriblemente humillante, le obligó a desdecirse públicamente. Ese día la Seo se encontraba llena. "I havia molts frares de Predicadors en la capella major de la Seu, com era fra Catalá, lo prior Bleda i altres molts de Sant Francés, que aguardaven lo que diria."⁶⁷ Gavastón recogerá el acontecimiento y culminará su narración afirmando: "porque como estos padres más siguen la razón política por no dezir la secta política, que no la razón evangélica, más se acomodan a yr al hilo del agua del mundo, por no hazer encuentro con el que padecer con las palabras de Christo".⁶⁸

La situación de los dominicos en Valencia, de creer a Gavastón, era complicada. Por no querer aprobar la veneración a Simón y predicar sus

⁶⁴ Archivo de la Universidad de Valencia. Ms. 364, fols. 133vº-137.

⁶⁵ La pugna entre jesuitas y dominicos tenía en esta época diferentes causas, entre las que cabe destacar la polémica "de auxiliis", el conflicto de la Inmaculada Concepción, el control por determinados centros de enseñanza, etc.

⁶⁶ Gavastón, fol. 60.

⁶⁷ Porcar, *Coses evengudes...*, p. 111.

⁶⁸ Gavastón, fol. 125.

honras. unos "nos llamavan calvinistas, otros lutheranos otros nos apedreavan, a un hermano lego le dieron una pedrada en los costados unos muchachos que le corrieron a pedradas en el muro, a otro rompieron la cabeza en una pedrada, y a todos nos corrian por la Ciudad si nos topavan como si fuéramos beudos, y los que los veían no sólo no lo reprehendían, mas lo reían, y se olgavan. A nuestras beatas las corrian de la misma manera y las tratavan de infames, alcaguetas, mancebas de los frayles. Y trataron muy largamente, y entre gente grave, y letrada si los jurados nos podían quitar el Convento y echarnos de la Ciudad". Pero tan desgraciada situación no era compartida por otros religiosos, pues el mismo Gavastón afirma: "y los padrecitos charísimos inñigistas dezían entre éstos assí irritados, y escitados con grande blandura, y torçiendo la cabeça. No hizimos nosotros tanto, ni dimos tanta ocasión en Venecia, y nos echaron della. Ha qué os parece del ánimo destes? Qué harian de secreto los que en público se atrevían a dezir tales palabras? Ponga dios su mano en esta buena gente".⁶⁹

Las noticias de las pugnas políticas que se libraban en Madrid después de la caída del Duque de Lerma, tenían también en Valencia su caja de resonancia que, en el caso que nos ocupa, mostraba las divergencias existentes entre dominicos y jesuitas.

La muerte en 1618 del Inquisidor General y Arzobispo de Toledo en circunstancias extrañas destapó las pugnas entre las diferentes facciones políticas por ver hacia qué bando se decantaban los nombramientos de los cargos vacantes. Gavastón se hace eco de los rumores que corren y que hablan de que el cargo de Inquisidor General iba a recaer en el confesor del Rey y hermano del arzobispo de Valencia, Fray Luis Aliaga, dominico. Para el cargo de Arzobispo de Toledo, según Gavastón, iba a nombrarse al "niño infante don Hernando".⁷⁰

Según Gavastón, los jesuitas "se marearon" y "conmovieron" a las demás religiones para que les ayudasen a impedir que el Rey nombrara Inquisidor General a un dominico. Entre todos, excepto los mercedarios y trinitarios, redactaron un memorial que remitieron al Rey. Éste se lo dio a su confesor, a quien, al día siguiente, le comunicó que iba a nombrarle Inquisidor General. Las bulas de nombramiento se despacharon en secreto y el embajador en Roma las hizo confirmar con mucha celeridad.⁷¹ Tres días después de salir el nombramiento de Roma, los jesuitas de allí recibieron el memorial de sus compañeros españoles y trataron de estorbar el nombra-

⁶⁹ Gavastón, fols. 138-139.

⁷⁰ *Ibid.*, fol. 167.

⁷¹ J. Navarro Latorre, "Aproximación a Fray Luis de Aliaga, confesor de Felipe III e Inquisidor General de España", en *Estudios del Departamento de Historia Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras*, Zaragoza, 1981, pp. 47-51.

miento, cuando ya nada podía hacerse. Esta actuación de los jesuitas fue comentada por Gavastón, quien no dejó de apostillarla.

*Dios se lo pague a estos santísimos padres, y premie su grande charidad, y los buenos ojos con que miran la orden santa de Predicadores, y prospere sus intentos que yo confío en el justo juez dios que sí hará. Dizen, que profesan mucha prudencia, yo digo que profesan grande hypocresía, y muy grande necesidad.*⁷²

Que el nombramiento como Inquisidor General de Fray Luis Aliaga no fue bien recibido por todos en Valencia, lo ponen de manifiesto tanto Porcar como Gavastón, y es una muestra más que evidencia la polarización de fuerzas que existía, siempre, claro está, como consecuencia del intento de santificar al clérigo Simón.

Gavastón afirma que el nombramiento de Fray Luis Aliaga provocó grandes fiestas en Madrid y Zaragoza y, también, en Valencia. Aquí celebraron fiestas y luminarias los dominicos, los mercedarios y los trinitarios, la Inquisición y la Iglesia Mayor, "y muchísimas casas de caballeros y personas aficionadas al señor Arçobispo".⁷³ El resto de instituciones ciudadanas, otras órdenes religiosas, etc., no aparecen citadas en los relatos, lo que demuestra la escasa alegría que debieron sentir por este nombramiento que tanta repercusión tendría al acelerar la prohibición de la devoción a Simón.

La pugna por la santidad de Simón alimentó, como claramente se percibe, odios que, conforme los acontecimientos se sucedían, se iban haciendo irreconciliables. Gran parte de la ciudad de Valencia no entendía la actitud de algunas órdenes religiosas a los que acusaba de medir de forma desigual la santidad de unos y de otros. Por su parte, los frailes no comprendían tanto alboroto contra ellos, y Gavastón, más radical que algunos de sus compañeros, seguía equiparando lo que sucedía en la veneración del clérigo con actitudes heréticas, acentuando su tono con otras acusaciones. "Todo ello son passos de herejes, como se vee donde los ay, y por quién, sino por un hijo de un Gavacho, no conocido aun viviendo sobre la tierra..."⁷⁴

Tampoco salen mejor librados de las críticas del dominico, otros partidarios más anónimos del clérigo. Pues según él, "los que le han seguido, que es todo el vulgacho de Valencia y los predicadores vulgares deste vulgacho..."⁷⁵

El hecho más relevante del intento de santificar a Simón era que por primera vez los clérigos valencianos veían la posibilidad de que uno de sus

⁷² Gavastón, fol. 168.

⁷³ *Ibid.*, fol. 170. Vid. también Porcar, *Coses evengudes...*, p. 164.

⁷⁴ Gavastón, fol. 105.

⁷⁵ *Ibid.*, fol. 151.

filas pudiera ser venerado por santo. Los clérigos arriesgaron mucho en el asunto y actuaron con celeridad incidiendo precisamente en el hecho de que el presunto santo no era un fraile sino uno de los suyos. Gavastón afirmará que los clérigos utilizaron a los mercaderes para propagar la santidad de Simón, sobre todo en Roma, donde todo se lo creían porque era contra los frailes. Pero el dominico, cargará las tintas contra los clérigos:

*Estas emulaciones en eclesiásticos desatinados que no llevan a dios delante de los ojos sino sus pasiones fueron causa de las heregias de Martín Lutero que tanto mal an hecho en la iglesia santa. Y estas mismas pasiones an acompañado a casi todos los heresiarcas que ha avido en la iglesia: éstas fueron causas de los desatinos que enseñó y publicó en paris Guillermo de S. amore, y estas mismas de bonete y capilla an llevado la bandera en todo este embeleco, y durarán aún muchos años. Pues en los faroles que encendían a las fiestas de mos. Simón en todos ellos pintavan bonetes de clérigo, porque se vea cómo les movía el zelo de la santidad de mos. Simón sino la pasión del bonete.*⁷⁶

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Pocas veces un episodio de tan escasa relevancia como la muerte de un clérigo y la pretensión de elevarlo a los altares ha movido tanta literatura y ha enconado tanto las pasiones de partidarios y émulos como ocurrió en el caso de Francisco Jerónimo Simón.

La propia existencia de enemigos a la santidad de Simón es un hecho ya en sí de una extraordinaria dimensión por la proyección social que llega a alcanzar esta actitud.

También son hechos que merecen singularizarse la celeridad con que se propaga esta santidad y las manifestaciones deslumbrantes de los devotos, así como la amplitud geográfica que alcanza la devoción al clérigo. Hechos todos que guardan, sin duda, relación con el marco general de la época, predispuesta a modelos de santidad más populares, donde tienen mejor cabida los santos de biografías "tremendistas" y las de místicos humildes.⁷⁷ Modelos de santidad que, ante la falta de respuesta de los tiempos, generan esperanzas a multitud de frustraciones de la sociedad de la desesperación.

Desechadas las hipótesis interpretativas de grupos espirituales que pretenden santificar a Simón para conseguir ignotos resultados y la supuesta difusión de una espiritualidad de signo quietista, el asunto de la santidad del clérigo queda circunscrito a una pugna de intereses enfrentados que, conforme se suceden los acontecimientos, van alimentándose de supuestas razones con las que defender sus posiciones, hasta convertir sus actitudes en irreconciliables.

⁷⁶ Gavastón, fol. 163.

⁷⁷ Caro Baroja, *Las formas complejas...*, p. 109.

En esta pugna de intereses contrapuestos coexisten razones de índole política, razones de prestigio, económicas y de defensa de una determinada ideología, no siendo ajenas tampoco las luchas y enfrentamientos que libran en la Corte los diferentes grupos políticos por hacerse con determinadas parcelas de poder.

Aunque resulta difícil extrapolar los acontecimientos regnícolas con los que suceden en la corte, es evidente que el nombramiento de Aliaga como Inquisidor General frustró las ilusiones de los simonistas. Aliaga era en estos momentos Confesor Regio y además Inquisidor, pero sobre todo, era hermano del Arzobispo de Valencia y dominico. Además, curiosamente, hay que recordar que después de la caída en desgracia de Aliaga su sustituto como Inquisidor General fue el obispo de Cuenca D. Andrés Pacheco, familiar del marqués de Caracena, que había sido Virrey de Valencia y partidario de Simón. También, que este grupo, que podríamos denominar de presión y antagónico a Aliaga, a pesar de las desgracias personales a las que fue sometido Sobrino por la coacción de los dominicos, consiguió en un momento determinado que el descalzo fuera nombrado predicador real.⁷⁸

La dureza con que Gavastón critica a las autoridades autóctonas, acusándolas de parcialidad y su apelación continua a instancias superiores, Inquisición, Rey, Vicecanciller de Aragón, Confesor Regio, Papa, evidencia la incapacidad existente por encontrar soluciones satisfactorias en el marco autóctono. Idéntico comportamiento seguirán los partidarios de Simón con sus continuas apelaciones a instancias superiores respecto a la parcialidad de la autoridad eclesiástica por antonomasia, el Arzobispo.⁷⁹

La mezcolanza de descalificaciones personales con acusaciones de alumbradismo y luteranismo fue un recurso ideológico que buscaba el descrédito del contrario y que resultaba de gran utilidad por las dudas que esparcía respecto a una cierta heterodoxia que era difícil que coexistiera con la ortodoxia oficial que se pretende monolítica. En este sentido, Gavastón no hace sino recoger una idea muy querida para los dominicos y que ya había dado sus frutos en casos anteriores como fueron los de Melchor Cano y Fray Alonso de la Fuente.

Otro hecho a remarcar es el respaldo político de la Monarquía a las antiguas religiones frente a otros estamentos eclesiásticos y frente a las autoridades civiles regnícolas. Si bien, en este caso hay que señalar que la actitud monárquica vino avalada por la torpeza con que actuaron las autoridades civiles que, ante la actitud negativa de algunas religiones, buscaron siempre la vía del enfrentamiento directo sin ser capaces de abrir caminos de negociación.

⁷⁸ Pons Fuster, *Místicos...*, pp. 108-109.

⁷⁹ Domínguez Ortiz, *Las clases privilegiadas...*, pp. 248-249; también, Pons Fuster, *Místicos...*, pp. 65-70.

Finalmente, hay que hacer alusión a la actitud de la sociedad civil valenciana. En su conjunto, aceptó la santidad del clérigo y participó activamente en las honras que se le tributaban. Incluso, en determinados momentos hizo suya esta santidad por entender que era diferente a la de los múltiples santos y aspirantes a la santidad de los frailes. Simón fue para ellos un "santo" diferente, de igual manera que eran diferentes los que lo apoyaban. La fidelidad de los valencianos por Simón no se frustró después del edicto inquisitorial que prohibía su veneración. Esta fidelidad se prolongó al menos hasta principios del siglo XVIII, lo que pone de manifiesto la aceptación que el clérigo encontró entre los valencianos.

Sin embargo, como hemos puesto de manifiesto, no todos los valencianos eran simonistas. Muchos se mantuvieron fieles a sus costumbres tradicionales y aceptaron las opiniones y criterios defendidos por los frailes, convirtiéndose así en informadores de todas aquellas falsas bajezas morales que al clérigo se le atribuían. Informaciones, que bien instrumentalizadas por los frailes, acabaron frustrando, tal como hemos visto, la santidad de Simón y haciendo que, poco a poco, su proyección social fuera apagándose. De momento, las viejas religiones consolidan su triunfo sobre los clérigos seculares y sobre las nuevas órdenes religiosas.